

## UNA IGLESIA SAMARITANA

### Queridos diocesanos:

El programa pastoral de nuestra Diócesis tiene como objetivo el presente curso “crecer como Iglesia samaritana”. Pero ¿qué significa ser una Iglesia “samaritana”? Repasemos la parábola de Jesús, tal como la cuenta San Lucas (10, 25-37), para descubrir lo que esto quiere decir.

En la parábola descubrimos que una Iglesia samaritana es una Iglesia que está atenta al sufrimiento de los demás, una comunidad que no ignora el dolor del prójimo ni hace oídos sordos a su abandono. Mientras que dos personajes respetables, como el sacerdote y el levita, pasan de largo ante el hombre herido y no lo auxilian, un extranjero -considerado cismático como es el samaritano advierte su presencia. La parábola no revela las causas por las que los dos primeros pasan sin detenerse. Quizás andaban muy ocupados en sus cosas o tenían prisa por ir al templo o puede ser que tuvieran miedo de ser también ellos apaleados por algún bandido. El hecho es que sólo aquel samaritano descubre al hombre que ha sido robado y golpeado. El Papa Francisco saca esta conclusión: “No lo olvidemos jamás: ante el sufrimiento de tanta gente agotada por el hambre, por la violencia y la injusticia, no podemos permanecer como espectadores. ¡Ignorar el sufrimiento del hombre, ¿qué cosa significa? Significa ignorar a Dios!” (Audiencia 27-4-16).

En segundo lugar, una Iglesia samaritana es una Iglesia que se compadece del que sufre. Dice el Evangelio que el samaritano “lo vio y se conmovió” (v.33); aquel hombre al que los judíos solían despreciar es quien tiene compasión: se le rompe el corazón ante aquel dolor, sus entrañas se conmueven. Así es precisamente como actúa Dios, que se compadece de la humanidad herida y la auxilia. Compadecerse es padecer con el otro, compartir sus sentimientos. Comentando esta parábola decía Benedicto XVI que la clave de la caridad en la Iglesia reside en tener “un corazón que ve” (Deus Caritas est, 31).

Finalmente, una Iglesia samaritana traduce esos sentimientos en gestos de misericordia. Es lo que hizo el samaritano: vendó las heridas de aquel hombre, lo llevó a un albergue, lo cuidó personalmente y proveyó a su asistencia. Esto significa que la compasión no puede ser un sentimiento vago, sino que se ha de traducir en compromiso por atender al otro. El amor de verdad no queda solo en buenas intenciones sino que supone asumir el riesgo de cuidar de los demás. El amor se traduce en compromisos prácticos y concretos respecto de los que sufren.

Esta parábola de Jesús nos enseña, por tanto, que ser Iglesia samaritana significa ser Iglesia sensible al sufrimiento de los demás, que se conmueve ante el dolor ajeno y que busca los medios para sanarlo. Una Iglesia samaritana es aquella que reconoce a todo hombre como su prójimo y le ama quien quiera que sea. Si así actúa, entonces esta comunidad, aunque sea pequeña y sencilla, será para los demás signo de un Dios que es todo Él misericordia.